

motor del corazón de otra persona sana, robusta, abundante en principios vitales. Y se cuenta que, cuando la operación ha reunido los requisitos necesarios, el individuo anémico parece que recobra nueva vida, que adquiere nuevo vigor; parece como que se verifica en él una resurrección, en cuanto cabe obrar semejante prodigio á la ciencia humana. Claro es que siendo la ciencia humana de por sí imperfecta, ni la operación está exenta de peligros, ni da siempre el resultado apetecido, ni deja de producir trastornos en las dos personas que intervienen directamente en ella; pero esto no es obstáculo para que se reconozca su bondad y su eficacia, para que se tenga, como lo es, por un gran adelanto, la trasfusión de la sangre. ¿Y acaso fué otra cosa la invasión de los bárbaros, sino una trasfusión de la sangre pura, sana, abundante en principios vitales, de los pueblos del Norte, al cuerpo empobrecido, anémico, de la sociedad antigua? ¿Acaso no es una prueba de la bondad divina, de su predilección hácia la Iglesia y la religión verdaderas, que esperase á la consolidación del triunfo de estas, para que el milagro se realizase, para que el cadáver recobrase vida y saliera de su tumba, cual Lázaro á la voz del Redentor, y realizase aun empresas mas atrevidas, mas grandes, mas colosales que las verificadas hasta entonces? La operación se llevó á cabo felizmente; el resultado fué el que se debía esperar de tan excelso cirujano. ¿Puede causar extrañeza que, no entrando en los inexcrutables designios de este echar en la balanza todo el peso de su inmenso poder, verificar el hecho por modo prodigioso, sino realizarlo por medios humanos, adolecieran estos de las imperfecciones inherentes á la humanidad? La contestación negativa se impone de un modo forzoso.

Y aun resalta más la justicia de esta contestación y la falta de fundamento de aquellos cargos de los ignorantes y de los impíos, si se tiene en cuenta el modo admirable, la perspícua previsión con que la Providencia procuró atenuar los males inevitables en un suceso de la índole del que nos ocupa. Nada mas á propósito para evitar, en lo posible, los estragos de la guerra que una religión de paz. Y nada mas adecuado para atemperar el carácter indómito y fiero de los bárbaros que una moral pura, severa, recta, intachable; nada mejor contra el decho de la fuerza que la fuerza del de-

recho, de la justicia, que representaba y representa el cristianismo. Y como hemos visto y seguiremos viendo, antes de la época de las invasiones, los pontífices cuidaron de que la luz evangélica penetrase no solo en el mundo dominado por los emperadores romanos, sino también entre las hordas bárbaras; y la semilla del cristianismo, sembrada entre ellos, no podía dejar de dar óptimos frutos, en plazo más ó menos largo, según la calidad de la tierra en que caía. Ciertamente es que las dificultades materiales con que se había de luchar para que, á pesar de las fronteras, de la distancia, del carácter de las tribus, llegase hasta estas la voz del Evangelio, había de ocasionar que esta divina luz no las iluminase siempre con toda su pureza; pero hasta las herejías, con la ceguera del error, sirvieron á la causa de la verdad; y fué, por ejemplo, más fácil, convertir al catolicismo á los godos arrianos, que lo fué hacer católica á la inmensa mayoría de la sociedad pagana. El impulso estaba dado, sembrada la semilla: aquel había de impedir que la carrera se interrumpiese hasta llegar al fin, esta había de concluir por dar los excelentes frutos que, siempre y en todas partes, produce el árbol del cristianismo. Los hechos que en el tomo primero quedan referidos, cuya autenticidad es incontestable, y los que han de seguir, probaránlo así de modo que no admite refutación. Siempre se verá que, desde la aparición de la religión verdadera, la sociedad ha mejorado, ha adelantado tanto mas, cuanto mas íntimamente ha estado unida á la Iglesia y á sus supremos representantes, de igual manera que ha debido sus retrocesos en el buen camino, sus mayores desgracias, á haber separado sus intereses de los de la Iglesia, á sus persecuciones contra esta y los pontífices, á separar su vista de la estrella misteriosa que guió á magos á Belén y que es la única que puede enseñar al mundo la senda de la felicidad que no consiste en otra cosa sino en la salvación, en la Gloria eterna.

II.

Reune la presente obra el doble carácter de trabajo histórico y estudio biográfico de los pontífices. Y claro está que, supuesto el fin que se propone lograr, ha de dar mayor importancia á lo pri-

mero que á lo segundo, es decir que ha de atender mas bien á abrazar en cada una de sus partes, una determinada época histórica, para deducir de las notas características de ella, si respondieron con sus actos á las necesidades de los tiempos, los papas á la sazón reinantes, que á referir sucesiva y ordenadamente la vida y hechos de cada uno de estos. Por tal razón, ha terminado el tomo primero con algunas consideraciones sobre el triunfo conseguido por la Iglesia, en tiempo de San Melquiades, sin que estuviese acabada la biografía de este Sumo Gerarca. Mas como no porque sea de mas entidad el trabajo histórico debe dejarse incompleto el biográfico, parece natural continuar aquí la relación de los hechos verificados por San Melquiades y sus sucesores, hasta el momento en que comienzan las invasiones de los bárbaros.

Se ha visto ya, en otro lugar, la serie de medidas adoptadas por Constantino en beneficio de la Iglesia. Pues bien, el alma de aquella hermosa obra de reparación y de justicia, fué el pontífice San Melquiades, á quien el emperador tenia en tan justa estima, como que además de cederle para su morada el palacio lateranense, edificado por Laterano Pláucio, le hizo donaciones y le concedió rentas para que pudiese ostentar la decencia correspondiente á su dignidad. Mas aun: habiendo acudido á Constantino los donatistas contra el obispo Ceciliano, y los obispos de la Galia con otras distintas demandas, el emperador dió público y manifiesto testimonio del respeto que le merecía la suprema autoridad del pontífice, respondiendo que el conocimiento de tales causas no le correspondía á él, que respecto á ellas carecía de toda autoridad, y enviando los reclamantes á San Melquiades, quien con tal motivo reunió, el año 313, el concilio de que en otro lugar se ha hecho mencion. Vencidos por el papa los donatistas, que inquietaban la iglesia de Africa. le calumniaron acusándole de haber entregado á los paganos las Sagradas Escrituras, pero la falsedad de semejante aserto era tan evidente que solo consiguió excitar el universal desprecio; la Iglesia lanzó sobre ellos su anatema, y su condenación demostró nuevamente la autoridad y el infalible magisterio de la Sede Romana, á cuya iniciativa se debió la reunion de un segundo concilio en Arelate, para adoptar medidas contra aquellos pertinaces herejes. San Melquiades, despues de haber nom-




S. SILVESTRE .I.

atorce
 y su
 de se
 ban y
 aliano
 asaldi,
 Hen-
 d y le
 pueblo
 res' ande-
 ró por
 tianos
 da del

de la
 que
 días.
 era
 noble fa-
 audia-
 á Ar-
 medidas,
 se
 quia-
 carros
 Pascua. Quien
 las
 Binio,
 en-
 reverencia
 el
 concii-
 Apósto-
 supremo, so-
 pontífice
 pasaba,
 de-

brado en una ordenacion once ó doce obispos, seis, siete ó catorce presbíteros y cinco diáconos, pasó á mejor vida el año 314, y su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Calixto, desde donde se le trasladó por San Pablo I á la Iglesia de los Santos Estéban y Silvestre. «Las alabanzas de Melquiades, dice un escritor italiano llenan muchos libros, entre otros los de San Bernardo, Ansaldi, Sangallo, Artaud de Montor, Ciampini, Lazzeri, Bianchi y Henrion. El gran San Agustín ponderaba su dulzura y su caridad y le llamaba verdadero hijo de la paz, verdadero padre del pueblo cristiano. ¡Bendito sea el nombre del Pontífice que vió resplandecer el Lábaro sobre las colinas de la ciudad Eterna y que oyó por doquier las consoladoras exclamaciones: *El Dios de los cristianos es el verdadero Dios: Jesucristo es la senda, la verdad, la vida del Mundo.*»

Habían comenzado ya los siglos de los grandes triunfos de la Iglesia, cuando á San Melquiades sucedió San Silvestre I, que ocupó la Santa Sede veintitres años, diez meses y veintisiete días. San Silvestre, sacerdote romano ordenado por San Marcelino, era hijo de Rufino, á quien algunos suponen miembro de la noble familia Onofri de Fuligno. Este pontífice envió sus legados Claudio y Vito, presbíteros, con los diáconos Eugenio y Ciriaco, á Arlés, donde se celebró un concilio en el cual, entre otras medidas, se adoptó la de condenar de nuevo á los rebeldes donatistas, se acataron con la debida veneracion los acuerdos de San Melquiades, se excomulgó á los comediantes y á los conductores de carros en el circo, y se confirmó la celebracion del dia de Pascua. Quien respecto á estos puntos desée mas detalles puede consultar las obras de San Agustín, Constant, Battaglini, Lupo, Catalani, Binio, Labbé, Cossart, Mansi, Arduino y otros. Los obispos reunidos enviaron á San Silvestre dos cartas saludándole con la reverencia debida al padre universal, por cuya autoridad era mas grave el juicio, mas autorizada la sentencia, y mayor la alegría del concilio; y á él, que residia donde se hallan los cuerpos de los Apóstoles, y que, por herencia de estos, tenia la gerarquía suprema, sometian sus acuerdos. Falta hacia tan gran consuelo al pontífice para sobrellevar una no menor pena. Entretanto que esto pasaba, surgia un nuevo y temible hereje; venia Arrio á aumentar las de-



S. SILVESTRE. I.

vastaciones y estragos causados por melecianos y donatistas. Empapado en los errores de Artemas, de Ebion, de Pablo de Samosata y de Sabelio, lleno de envidia contra San Alejandro que habia sido preferido para ocupar la silla episcopal de Alejandría, comenzó Arrio á predicar contra la divinidad del Verbo y consiguió hacer, para su perversa doctrina, numerosos prosélitos, entre los cuales se contaron algunos prelados y Constanza, hermana de Constantino. No anduvo tardo el pontífice en combatir la nueva heregia con su palabra y con sus hechos: por virtud de su suprema autoridad y secundado por el emperador, convocó el gran concilio de Nicea, en Bitinia, el año 325, concilio que se abrió con la asistencia de trescientos diez y ocho obispos y que fué presidido en nombre del papa por el célebre Osio, obispo de Córdoba con la cooperacion de dos presbíteros. Ruidoso é innegable testimonio, añadido á los muchos que ya se han citado, del primado pontificio sobre tantos y tan gloriosos obispos. Constantino, no como presidente, sino como simple protector de la fé, asistió á la gran asamblea, en la cual se formuló para siempre la doctrina católica sobre la divinidad del Verbo, se anatematizó á Arrio, su impiedad, sus libros y sus secuaces; se promulgó el Simbolo que lleva el nombre de niceno, se condenó á los melecianos, se fijó de nuevo el dia de la Pascua, se ordenó la disciplina y la moral con varios canones, y se proclamó la autoridad suprema de la Sede Romana. Los padres rogaron á San Silvestre que confirmase los decretos del concilio y el pontífice lo hizo así, respecto á cuyo punto dan noticias Rufino, Teodoreto, Corsini, San Ambrosio, Casali, Zaccaria y varios mas.

Al mismo tiempo, San Silvestre I consagraba las basílicas lateranense, vaticana y otras erigidas por Constantino quien á la sazón, por celestial disposicion de la Providencia, transportaba á Bizancio la capital del imperio, mientras en Roma preparaba Dios un trono á la libertad de su Vicario y de su Iglesia. Es fama que San Silvestre, bien por inspiracion propia ó bien por consejo del emperador, fué el primero en ceñir á su cabeza la tiara ó corona pontificia, tal como la describe el P. Papebroch; además, segun el Libro Pontifical, de donde tomaron sus datos muchos escritores que seria ocioso enumerar aquí, el mismo papa ordenó ó mas bien

confirmó las órdenes ya dadas por antecesores suyos, de que la crisma solo fuese impuesta por los obispos y de que la misa no se celebrase con corporales pintados ó de seda, sino con los de hilo puro y blanco; mandó tambien que la cabeza del bautizado fuese ungida por el sacerdote; que los diáconos en la Iglesia usaran manipulo en el brazo izquierdo; que ningun lego pudiera acusar á los eclesiásticos ante un tribunal secular y que los dias de la semana, escepto el sábado y el domingo fuesen llamados *ferias*, nombre ya usado por Tertuliano y otros escritores. Los eruditos que se han ocupado en la materia, cuestionan sobre si San Silvestre bautizó en Roma á Constantino el grande ó á un hermano suyo, y tampoco están de acuerdo respecto á si el citado pontífice dispuso que los altares fuesen de piedra, si desde él arranca la costumbre de consagrar á los pontífices en domingo ó dia de fiesta, y si se conserva ó no la tiara por él usada. Puntos son estos cuya escasa importancia salta á la vista con solo enumerarlos, y nada tiene de particular que, por lo tanto, los mismos críticos cuestionadores no hayan llevado su empeño hasta el punto de consagrarles los esfuerzos necesarios para depurar la verdad y establecerla para lo sucesivo de un modo indubitado. San Silvestre I, en cinco ordenaciones del mes de Diciembre, creó segun unos, sesenta y dos obispos, segun otros sesenta y tres ó sesenta y cinco, cuarenta y dos presbíteros y veintiseis diáconos; y cuando su alma voló al cielo, sus venerandas reliquias fueron sepultadas en el cementerio de Priscila, de donde es incuestionable ya hoy dia que fueron trasladadas por San Pablo I á *San Silvestre in Capite*, por mas que lo hayan negado el P. Giacobbe, Muratori y algunos otros.

La importancia de los acontecimientos que se habian realizado ya á la muerte de San Silvestre trasciende hasta nuestros dias. El Cristianismo habia llegado á ser la religion del imperio, el romano Pontífice hallabase rodeado por la esplendorosa aureola de la victoria y la sede de los Césares habia sido trasladada á Constantinopla. Además San Silvestre que, antes de ser papa, se habia señalado por la entereza de su ánimo en tiempo de la persecucion suscitada por Diocleciano y sus compañeros y que habia tomado una gran parte en los hechos realizados durante el pontificado de San Melquiades, habia sido, mientras ocupó la silla Apostólica,